

La creatividad de la acción, Hans Joas. Madrid: CIS, 2013.
Presentación de Ignacio Sánchez de la Yncera. Traducción de Ignacio
Sánchez de la Yncera con la colaboración de Pedro Cordero Quiñones.
Revisión de Ignacio Sánchez de la Yncera, 353 pp.

JOSÉ LUÍS MORENO PESTAÑA
Universidad de Cádiz
joseluis.moreno@uca.es

La creatividad de la acción de Hans Joas se escribe con un doble propósito. Por un lado, somete a crítica los supuestos de la teoría de la acción racional, tal y como esta se filtra en la tradición sociológica. Por otro lado, propone un nuevo paradigma de descripción del

mundo social, mucho más rico. En ambos casos el libro convence, salvo en puntos de detalle. La edición española tiene además un extenso y profundo estudio introductorio de Ignacio Sánchez de la Yncera, valioso como presentación del pensamiento de Joas y como anclaje del mismo en la sociología española.

La crítica de la teoría de la acción racional emerge tras una discusión de la tradición sociológica, fundamentalmente de Parsons, Weber, Pareto, Simmel y Durkheim. En esa empresa, el autor muestra una eficacia rara —como se verá, no siempre lo pienso del conjunto del libro—. Manejando hábilmente los contextos históricos, Joas propone una sociología de la trayectoria de los clásicos particularmente convincente. Parsons, por ejemplo, se traslada de la economía a la sociología y, en su tránsito, importa las dos escuelas en conflicto en su disciplina matriz. Como buen tráfuga, Parsons será siempre muy celoso de la identidad de su disciplina de acogida, de su pureza epistemológica. La acción instrumental parasita la concepción de la acción social en Parsons y, de ese modo, se ciega a los potenciales de la acción creativa en sociología.

El núcleo del libro, sin embargo, no es la historia de la teoría social sino, como indica su título, la delimitación de un programa de descripción y explicación de la acción creativa. La creatividad, históricamente, se pensó de tres maneras: como expresión de la subjetividad, como creación técnica de objetos (producción) y como modificación de las estructuras sociales. Herder nos propuso un esquema de la expresión subjetiva: con ella, y solo con ella, logramos claridad sobre nuestro pensamiento y podemos confrontarnos con el juicio ajeno. Herder, sin embargo, se atasca cuando traslada su descripción de la expresión estética a los conjuntos culturales y nos propone un modelo que desconoce la complejidad de las culturas y su falta de coherencia interna.

Marx es quien nos enseña acerca del trabajo productivo como expresión subjetiva. A partir de él, propone un diagnóstico de la alienación humana y de la pérdida de control de sus productos. Joas lo acusa de proyectar los rasgos del trabajo industrial al trabajo en general y mucho en este no se deja describir con sus categorías; así, el trabajo en el sector servicios. Con todo Joas no deja de apartar con displicencia algunas críticas desmedidas a Marx: la de Habermas, nada menos. Este consideraba que Marx era inútil debido al final de la “sociedad del trabajo”. Joas se pregunta, y se comprende su elegante y discreta estupefacción, desde qué eurocentrismo y sociocentrismo pudo afirmarse semejante idea. Tampoco, con todo, la crítica de Joas se libra de una severidad algo sobreactuada. Su lectura de fragmentos de *El 18 de Brumario* insiste en un economicismo que cuesta trabajo encontrar. Joas cree que Marx ahoga el análisis de los procesos simbólicos y culturales con su insistencia, y cita, en que la superestructura, se “crea y conforma a partir de sus fundamentos materiales y sus correspondientes relaciones sociales”. Cuesta trabajo entender cuál es el reduccionismo del programa marxista y cómo, sin caer en la historia deshistorizada de las ideas o en la filosofía académica, pueden describirse producciones culturales sin enraizarlas en condiciones de existencia. La tercera expresión de la creatividad ha sido la acción revolucionaria que Joas aborda por medio de Hannah Arendt y Cornelius Castoriadis. En este punto, es la acción política transformadora la que propone una metáfora sesgada de la creatividad.

Buscando otras concepciones de la creatividad, Joas se interesa por la filosofía de la vida y por el pragmatismo. La primera, concretada en Schopenhauer y Nietzsche, se salda en

escasas páginas y confirma un desfase constante en el libro: la pretensión enciclopédica y su tendencia a un desfile copioso de autores que, como sucede con Marx, ni se explican ni se discuten convincentemente. El pragmatismo, sin embargo, Joas lo expone con brillantez y aclarando en qué resulta relevante para el problema del libro. La creatividad procede de una teoría de los hábitos, adquiridos en confrontación con las prácticas cotidianas y que pueden, tras una crisis en sus presupuestos, integrar nuevas rutinas. La idea de una creatividad desde la nada se desvanece y, además, para comprender lo nuevo, la descripción sociológica (de la génesis, el mantenimiento y la crisis de los hábitos) resulta central. El mundo social, por tanto, aparece como un conjunto de posibilidades que, cada agente, en función de su experiencia respectiva, capta de un modo particular. Ahora bien, particular pero dentro de unos límites: no puede captarlo de cualquier manera o, de lo contrario, se nos terminaría colando la idea de un sujeto omnipotente. La creatividad de los hábitos es una creatividad situada, tal y como Ignacio Sánchez de la Yncera destaca convincentemente en su introducción.

El agente perfilado así poco tiene que ver con el de la teoría de la acción racional: los fines en una situación ni son únicos ni son coherentes entre sí y, además, las personas los captan en sus actividades, comprometidos en ellas, y no retirándose y evaluándolos como ingenieros que calculan la resistencia de materiales. Ni el mundo proporciona fines perfilados y fáciles de compatibilizar, ni el sujeto los capta de manera clara: existen metas internas a las acciones, que emergen en ellas, y que no podemos captar a priori. Complacido con la excelente descripción de Joas, no puedo evitar una inmensa perplejidad. Joas propone una teoría de la acción gemela a la de Pierre Bourdieu (quien construye la suya en diálogo, como Joas, con la fenomenología y el pragmatismo americano). Pero el sociólogo francés no aparece por parte alguna, sino de una manera muy marginal. En fin, Bourdieu, sin olvidar la creatividad, utiliza el pragmatismo para subrayar las inercias sociales. La discusión, me parece, se imponía, al menos para mí. Curiosamente, y habría que analizar la razón, no para Joas.

Más aún cuando Joas avanza en la descripción encarnada de las disposiciones. Una sociología del cuerpo muestra que este actúa interpelado por situaciones que no domina y cuyo influjo adquiere. El cuerpo no solo es activo, sino que recibe intenciones inconscientes, pasivas, derivadas de la impregnación con ciertas coyunturas. Porque la historia del papel del cuerpo en las ciencias humanas —aquí sí, Joas es, como con Parsons, teóricamente radiante— nos ayuda a comprender, uno, que existen acciones no intencionales, dos, que nuestro cuerpo percibe las cosas con marcos pragmáticos (un “esquema corporal”), tres, que para comprender el cuerpo debemos estudiar cómo se depositan los hábitos en prácticas sociales.

La creatividad de la acción culmina enfrentándose al problema de la acción política. Su enemigo fundamental es, cabía imaginarlo, la teoría de la acción racional. Esta presupone individuos lucidísimos, capaces de recordar todas las normas. La teoría de las disposiciones, obviamente, invita a depositar la mirada en otros modos de constitución del sujeto y de la acción. Pero, en política, la creatividad de la acción se enfrenta con otro enemigo. La teoría de la diferenciación social nos propone pensar el mundo social como articulaciones complejas de diferentes subsistemas, cada uno con su lógica específica. Quien abraza este modelo, se despide de la idea de una regulación democrática de las sociedades. Joas recuerda cuáles son los presupuestos de la teoría de la diferenciación: los sujetos no pueden coordinarse con

eficiencia por lo que necesitan atenerse a normas impersonales y la diferenciación es un resultado necesario de la complejización de las sociedades. Cabe, sin embargo, preguntarse si la diferenciación entre los planos económicos, políticos y culturales es una necesidad histórica o, si por el contrario, interesa a determinados agentes; en segundo lugar, debe reflexionarse sobre la justificación racional de dicha diferenciación. No es lo mismo la diferenciación funcional del sistema científico que la del campo político: uno puede juzgar progresiva la primera y considerar regresiva y peligrosa la segunda. Hecho lo cual, y siempre y cuando consideremos que la autonomización de lo político no la exige la historia de la especie, pueden emprenderse procesos parciales de reintegración de aquello que se había autonomizado. Joas propone una teoría de los procesos de diferenciación de esferas y de sus límites que abre la puerta al cambio allí donde el funcionalismo invitaba a encogerse de hombros.